

lo propio y de lo ajeno, de binomios (como lo nacional y lo extranjero), y para comprender el tránsito del melodrama a la comedia, del amor al odio, así como las figuraciones entre la traición y la lealtad... lo tropical sensual incontrollable a lo racional urbano “modernizado”.

Estudios como éste, hechos desde el ámbito de lo cultural, que transcurren por la historia de la mirada, dan paso a una mejor comprensión de cómo nos hemos construido. Bajo la mira directa de Ricardo Pérez Montfort, este libro

surge con un rasgo característico en el rastreo de fuentes secundarias y primarias novedosas como las filmicas, que dejan una huella profunda en los estudios de historia cultural y social del país. A su vez, aportan elementos distintivos, conformando una escuela mexicana de historiadores que anuncia una gran riqueza, pero sobre todo un camino a seguir. Gabriela Pulido forma parte de esa generación, pero además corrobora que somos nuestro tema, y con cadencia, rítmica y ritmo nos da cuenta de una veta rica en materiales preciosos,

de igual manera que este libro vislumbra importantes aportaciones al mundo y a la historiografía. Gabriela Pulido deja ver con mayor profundidad la mezcla universal y local de dónde venimos, para elegir con mejor certeza a dónde queremos llegar: como un país en constante construcción de su identidad a través de sus semejanzas y diferencias que se deslinda cada vez más, gracias a estudios como éste. Lo hace con vehemencia y certeza del “ser oficial” que nos han querido vender a costa de nuestra propia integridad.

Los ateneístas antes del Ateneo

Anna Ribera

Susana Quintanilla, “*Nosotros*”. *La juventud del Ateneo de México*, México, Tusquets (Tiempo de Memoria), 2008, 358 pp.

Dice E.H. Carr en *Los exiliados románticos*, que todas las generaciones son generaciones de transición. Hay algunas, sin embargo, que transitan entre mundos aparentemente irreconciliables, como la que vivió la convulsa década en la que Méxi-

co pasó del Antiguo Régimen a la Revolución de 1910. En el libro de Susana Quintanilla, “*Nosotros*”, se reconstruye el mundo en el que se formó la generación intelectual del Ateneo de la Juventud, generación de transición si la hay, antes de iniciar su travesía, su propia transición desde la paz porfiriana hacia el México de la Revolución, en el que muchos de sus integrantes señalarían y definirían las rutas de la vida intelectual.

Savia Moderna, revista que empezó a circular en marzo de 1906,

financiada por Alfonso Cravioto, reunió a un importante número de jóvenes escritores cuyas edades oscilaban entre los 17 años de Alfonso Reyes y los 35 de Marcelino Dávalos. Nombres como los de Jesús T. Acevedo, Rafael Cabrera, Antonio Caso, Eduardo Colín, José Joaquín Gamboa, Nemesio García Naranjo, Ricardo Gómez Robelo, Rafael López, Manuel de la Parra, Abel C. Salazar, Enrique Uhthoff, Rubén Valenti, Emilio Valenzuela, Jesús Villalpando y Ángel Zárraga se vincularon a la publicación que

encabezaban Cravioto, Luis Castillo Ledón, Evaristo Guillén y Roberto Argüelles Bringas. Algunos de ellos descendían de figuras prominentes del régimen, pero la mayor parte pertenecía a la clase media porfiriana, poseía un título profesional y tenía vínculos con la Escuela Nacional de Jurisprudencia. *Savia Moderna* les dio el espacio para que publicaran sus textos, mismos que abarcaban todos los géneros literarios: cuento, poesía, crónica, reseña, ensayo, crítica y filosofía del arte, vida de artistas y literatos, así como arte decorativo y “feminista”. Y todos ellos, dice Quintanilla, se consideraban capitalinos por convicción y derecho.

La autora hace de la ciudad de México una protagonista más de su libro, y de la mano de quienes más tarde fundarían el Ateneo de la Juventud nos asoma a los prostíbulos, tabernas, plazas de toros y de gallos, casas de juego, espectáculos de ópera, zarzuela y teatro, ascensiones en globos aerostáticos, funciones de circo, peleas de box y lucha libre, bares, y librerías que frecuentaban estos aprendices de escritor.

En este ciudadano y mexicano escénario hizo su aparición el dominicano Pedro Henríquez Ureña (de 21 años), quien se vinculó de inmediato y de manera trascendental a *Savia Moderna*, ejerciendo un liderazgo indiscutible en el grupo de jóvenes que intentaba conseguir un lugar en el mundo intelectual y que participó en polémicas como la desatada por la reaparición de la *Revista Azul* o el homenaje a Gabino Barreda a diez años de su muerte. Cuestionando a los escritores decadentes y a los positivistas, organizó sus propios eventos culturales en

Santa María la Ribera, por medio de una “Sociedad de Conferencias y Concursos”. En ellos aparecieron como asistentes José Vasconcelos, Rodolfo Reyes, Isidro Fabela y Joaquín Fernández MacGregor.

Éste es también un libro de lecturas. ¿Con qué autores y con cuáles textos se formaron estos personajes? Susana Quintanilla nos lleva a un recorrido por sus pasiones literarias y filosóficas. Desde la que tuvieron por la cultura griega —descubierta en la obra de Walter H. Pater, cuyo *Greek Studies: a Series of Essays* había sido publicado en 1894— hasta el interés por Nietzsche y la pérdida de la fe en el positivismo en 1907, pasando por su entusiasmo hacia Goethe y el romanticismo alemán. Otra de las fuentes de inspiración del grupo, y que resultó clave en su vocación latinoamericanista, fue *Ariel* del uruguayo José Enrique Rodó. En 1908 *Ariel* fue publicado en México en una edición cuidada por Alfonso Reyes, financiada por su padre el general Bernardo Reyes y con una nota preliminar de Pedro Henríquez Ureña.

“*Nosotros*” aborda inevitablemente la historia política, recreando el ambiente de este Porfiriato moribundo en que los actores se acomodaban en grupos, banderías y partidos que pronto dejarían de tener sentido porque los días del régimen estaban contados. Así, encontramos las fracturas y rispideces entre amigos de tertulia literaria por razones de enfrentamientos entre reyistas-antirreeleccionistas y reeleccionistas apoyadores de don Porfirio, entre unos hijos de militares porfiristas y algunos entusiasmos promotores de la transformación

del país. José Vasconcelos, entre los últimos en sumarse al grupo, “vino a poner a éste el toque de compromiso y realidad necesario para equilibrar la fantasía”, dice Quintanilla.

Pero lo más apasionante de la obra, me parece, es la manera en que se van entretrejiendo las relaciones de amistad, de admiración intelectual, de construcción de proyectos culturales, de discusión filosófica y literaria, en medio de esta vorágine de revistas, lecturas, parrandas, vida urbana y agitación política; la forma en que se establecieron las relaciones personales entre los miembros de la generación del Ateneo y entre éstos y la vieja guardia intelectual del país encabezada por la enorme presencia de Justo Sierra. Relaciones reconstruidas por la autora buceando en la prensa, la correspondencia, las memorias y las obras mismas de quienes integraron el “nosotros”. La propia autora resalta la importancia de esta red cuando afirma:

En comparación con las grandes hazañas que han sido atribuidas al Ateneo (derrumbar el positivismo, renovar la identidad mexicana, dar un sentido filosófico a la Revolución de 1910), la de haber intentado nuevas prácticas en la producción y divulgación del conocimiento puede resultar decepcionante. Sin embargo, no es tal: detrás de algo que parece simple y elemental se esconden las más apasionantes y las más perdurables proezas de la historia de la cultura. Sólo analizando los lazos establecidos entre las prácticas de lectura y escritura y las con-

venciones retóricas, entre las comunidades eruditas y las que detentan el poder, entre los escritores y su público, será posible construir una historiografía de la vida intelectual.

Fue a partir de esta red de relaciones e inquietudes juveniles que surgió la propuesta de formar una asociación que las articulara. En el verano de 1909 Antonio Caso impartió una serie de conferencias sobre el positivismo en “El Generalito” de la Escuela Nacional Preparatoria. Pedro Henríquez Ureña escribió reseñas sobre las conferencias en la *Revista Moderna de México* y José Vasconcelos, entusiasmado, hizo al respecto numerosos comentarios. Antonio Caso, aprovechando su protagonismo, propuso a sus allegados (Rafael López, Jesús T. Acevedo, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña) la creación de una sociedad no escolar e independiente del gobierno. Este pequeño grupo extendió invitaciones a posibles miembros de la futura asociación para una reunión. La cita fue para el 28 de octubre en el Salón de Actos de la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Llevaron la voz cantante los cinco convocantes y en el evento quedó constituido el Ateneo de la Juventud, con la participación de Ignacio Bravo Betancourt, Carlos González Peña, Luis Castillo Ledón, Isidro Fabela, Manuel de la Parra, Juan Palacios, José Vasconcelos, Genaro Fernández MacGregor, Eduardo Pallares, Emilio Valenzuela, Alfonso Cravioto y Guillermo Novoa. Algunos de los invitados como García Naranjo, Gómez Robelo y Marcelino Dávalos no pudieron asistir.

El grupo tuvo alrededor de treinta miembros y se insertó en una larga tradición ateneísta del mundo hispánico, la cual Susana Quintanilla analiza en el capítulo “Los muchos ateneos”, y que Fernando Curiel y Fernando Tola, entre otros, han estudiado. Inspirado en el Ateneo de Madrid, Justo Sierra alentó la iniciativa del Ateneo de la Juventud. Algunos de sus miembros vieron en ello una intromisión del Ministerio de Educación y del positivismo. Y esto nos remite al inicio. La generación del Ateneo fue una generación de transición. Asida a una actividad intelectual permeada hasta la médula por el positivismo y deseosa de romper con su omnipresencia en instituciones y publicaciones, debió crear a partir de sus lecturas, sus escritos, sus revistas, un nuevo espacio para la vida intelectual mexicana. La conferencia de José Vasconcelos dentro del ciclo organizado por el Ateneo para conmemorar el centenario de la independencia, “Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas”, fue, como dice Quintanilla, “el grito de independencia de la generación del Centenario”.

Pero no eran solamente los ateneístas quienes intentaban romper con el pasado. El país entero estaba al borde de una transición mayúscula y ellos —que por esas fechas postreras del Porfiriato seguían vinculándose a las instituciones del régimen (Caso y Henríquez Ureña fueron nombrados secretario y oficial, respectivamente, de la recién creada Universidad Nacional de México)— formarían parte de ella. José Vasconcelos fue quien con mayor entusiasmo se sumó al proceso de transformación colectiva que

significó la Revolución mexicana. Ésta sirvió para abrir definitivamente los espacios de la vida cultural que la generación del Ateneo reclamaba desde 1906. “Lo más probable es que el relevo hubiera ocurrido con o sin la Revolución, pero de un modo distinto, más lento, sin sorpresas y, sobre todo, sin fantasías ni heroísmos”, nos dice la autora.

Aquí, en los inicios de la Revolución maderista, nos deja Susana Quintanilla. Los derroteros intelectuales y vitales de estos personajes habrá que buscarlos en otros libros de la vasta bibliografía de y acerca de los ateneístas. Ésta es una biografía colectiva sobre su juventud, de los tiempos transcurridos entre el 31 de marzo de 1906 y el 30 de noviembre de 1911, de quienes andando el tiempo —y en torno a lecturas compartidas, revistas, ciclos de conferencias, primeros escritos— fundarían el Ateneo de la Juventud, formándose como la primera generación intelectual del siglo XX mexicano. Susana Quintanilla recrea este momento de la historia cultural de México con erudición, con una magnífica pluma.

Un año después de “*Nosotros*”, Susana Quintanilla publicó *A salto de mata. Martín Luis Guzmán en la Revolución mexicana* (México, Tusquets, 2009), en el que narra la vida y los derroteros intelectuales del “cuasi ateneísta” que fue, andando el tiempo, el autor de algunas de las más grandes novelas de la Revolución. Es también un libro sobre la juventud intelectual, la transición entre el antiguo régimen y la Revolución, y una grata sorpresa en el atiborrado panorama editorial de los festejos del centenario.